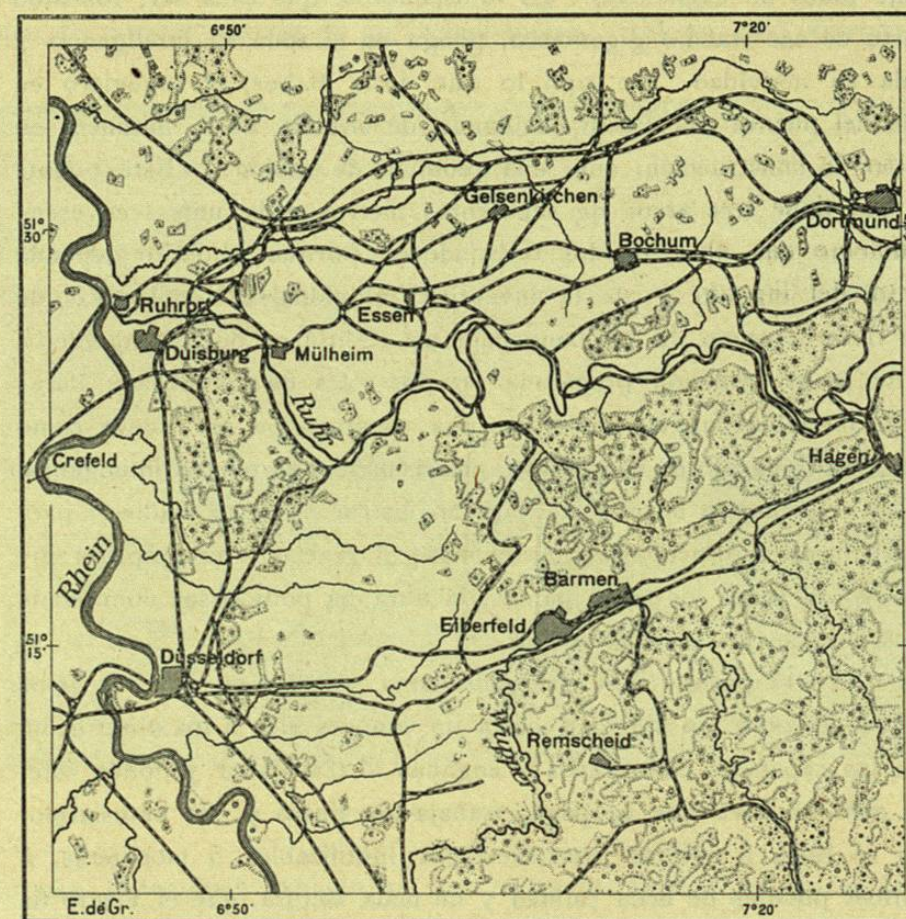


dición relativamente libre. La industria moderna no puede ya acomodarse á tales agentes; no que se haya hecho más compasiva que antes, en este concepto no ha cambiado, por no tener nada que hacer con el sentimiento; hasta por definición, no puede buscar más que el beneficio; pero habiéndose hecho más activa, más móvil, viéndose obligada á vivir con el siglo y á seguirle, hasta anticiparse á sus oscilaciones, no podría acomodarse á una institución pesada, inmóvil como la esclavitud, con sus hijos de pecho y sus viejos impedidos. Necesita asalariados, á quienes se admite cuando parecen dispuestos al trabajo, para la obra precisa á que convienen su fuerza, su destreza y su musculatura. Se les conserva tanto tiempo cuanto son útiles á la empresa y producen más que lo que cuestan; después, cuando son una carga, se les despide. El mes, la quincena, la semana y, en ciertos trabajos, el día solamente, representan la duración del contrato, y la lucha comienza, incesante, encarnizada, furiosa, por la tasa del salario, que el trabajador quiere aumentar y que el patrón quiere reducir.

Suelen imaginar los economistas que la división del trabajo es una de las conquistas de la industria moderna, cuando es, por el contrario, una de las condiciones esenciales de todo trabajo colectivo, y no faltó jamás en el trabajo del hombre, como tampoco en el de nuestros antecesores los animales. La división del trabajo se practica espontáneamente por los monos, las gamuzas, los gallos, hasta las carpas y muchas otras especies que, desconfiando con motivo de sus enemigos voraces y del bípedo humano, no descuidan colocar centinelas alrededor del lugar de pasto, de reposo ó de placer. El más bello ejemplo de la división del trabajo es el que dan las aves de paso, que, en su travesía del inmenso espacio aéreo, se suceden espontáneamente en el esfuerzo continuado contra el fluido resistente. Comprendida de esta manera, la división del trabajo procede de la perfecta solidaridad, la cual sólo es verdadera cuando su origen es absolutamente espontáneo y si en un trabajo colectivo cada uno escoge alegremente su parte, según sus fuerzas, su naturaleza, su capricho del momento y sus conveniencias, porque la perfección del trabajo no puede realizarse sin un acuerdo sincero de las voluntades y la adaptación mutua de las diversas aptitudes.

¡Qué admirables trabajos y, al mismo tiempo, qué fiestas de la inteligencia y del sentimiento son las obras productos del entusiasmo entre amigos que leen recíprocamente en sus ojos á qué instru-

N.º 572. Distrito industrial del Ruhr.



1: 500 000

0 10 20 30 Kil.

La aglomeración de Barmen-Elberfeld tiene más de 300,000 habitantes; Düsseldorf y Essen más de 200,000; Duisburg, Dortmund, Gelsenkirchen, Bochum y Crefeld más de 100,000; las otras ciudades indicadas en el mapa, excepto Ruhrort, más de 50,000 habitantes.

mento se ha de echar mano y qué fuerza y qué amplitud conviene dar al movimiento de sus músculos!

¿Se piensa acaso que no sean más que asalariados los obreros que en dos años, hasta en dieciocho meses, llevan á buen fin

los modernos «galgos de los mares»? Se han necesitado generaciones de trabajadores de las construcciones marítimas para que puedan edificarse, con rapidez creciente y previsión absoluta, ciudades flotantes cada vez mayores, á las cuales se confían en cada viaje miles de existencias. Es indispensable que cada ser, tomando parte en ese trabajo gigantesco, ponga en él toda su inteligencia y toda su actividad. He aquí lo que decía Baker, el ingeniero en jefe del puente del Forth, hablando de aquella obra, entonces en curso de construcción, ante una reunión de sabios: «Este puente — que tiene tres arcos de seiscientos metros cada uno — es esencialmente una obra de los trabajadores, porque el éxito depende tanto del ingenio y de la inventiva individuales y colectivas de los obreros como de los conocimientos científicos de los ingenieros y de la organización preparada por los jefes de las obras. Parecería increíble cuántas veces en una construcción tan nueva como esta, los trabajadores han tenido que recurrir á su propia inteligencia — en el momento mismo, sin esperar instrucciones de nadie — para hacer frente á dificultades imprevistas; y gracias á ese espíritu inventivo de todos los participantes, la obra ha podido ser continuada y terminarse sin accidente».

Por otra parte, ¡qué miserable tarea aquella en que los amos dividen la obra sin apreciar, hasta sin conocer bien á los obreros, en que los capataces embrutecen y engañan al trabajador y donde éste, sin otro objetivo que su paga, trabaja sin gusto y sin entusiasmo. Así se llega á edificar construcciones inutilizables ó mortíferas, á fabricar puentes de mala calidad y de mala factura, que el viento de las tempestades se lleva como una tela desgarrada¹. Lo propio de la división del trabajo y su ideal es, no sólo aumentar la producción, sino principalmente «hacer solidarias las funciones divididas»². Mas, por una extraña contradicción, acaba por malear y pervertir la producción, y por separar los colaboradores en castas enemigas.

Proponiéndose la división forzada del trabajo, considerándola como un objetivo, no sólo para aumentar los productos, sino también para separar á los obreros, aislarlos unos de otros y asegurar

¹ Puente del Tay, hundido en 1879.

² Emile Durkheim, *De la division du Travail social*.

su propio poder por el fraccionamiento de las fuerzas adversas, la industria moderna, lo mismo que el funcionamiento de las instituciones gubernamentales, han llegado á veces á hacer imposible el acuerdo de los órganos que piensan ó se supone que ejercen el pensamiento y de los que realizan la tarea material: «Guárdate bien de razonar, eso es de mi incumbencia». Tal es, bajo diversas



Cl. L. Cuisinier.

LA BUSCA DEL ORO EN EL URAL

formas, el lenguaje hablado en casi todas las fábricas, en todas las oficinas, aunque el patrón inteligente haya de reconocer que esa división perjudica á la cohesión necesaria entre los elementos constitutivos de la obra. Una máquina no se construiría jamás si el inventor sólo diera trabajo á obreros absolutamente especiales en cada tarea para limar, cepillar, recortar, clavar, que no tuviesen ninguna idea del conjunto, y ésta no se llevaría á buen término sino teniendo todos en su mente la imagen de un mecanismo completo.

Recuérdese la siniestra profecía de Adam Smith¹ declarando que

¹ *Richesse des Nations*.

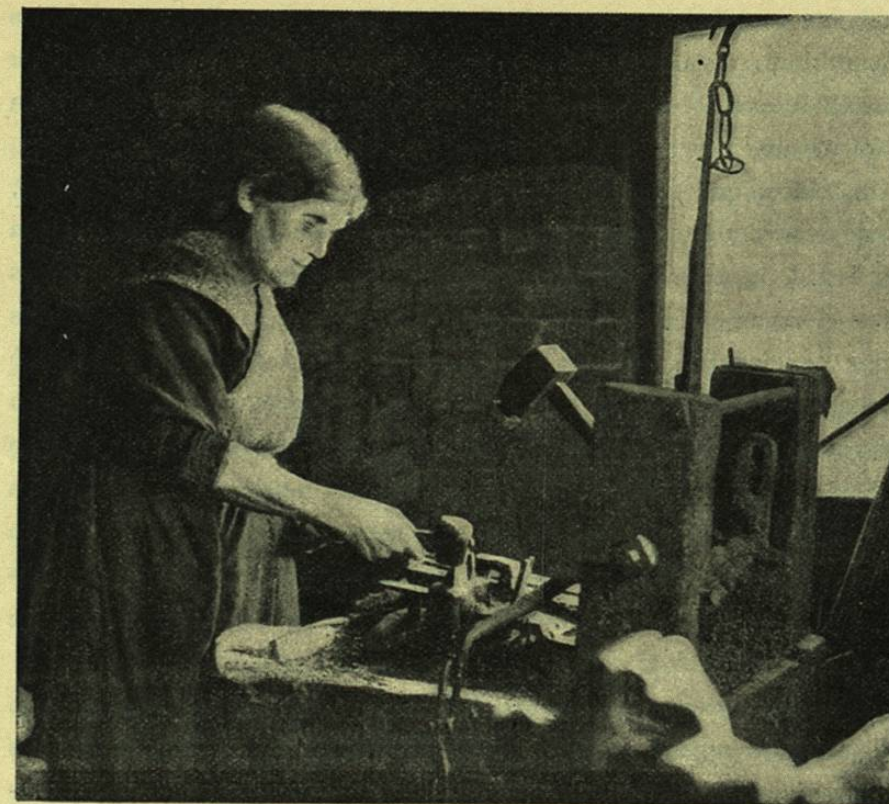
por el hecho de la división del trabajo y de la inevitable repetición de los procedimientos á que los obreros se ven condenados, su inteligencia se atrofiará forzosamente y se volverán «tan estúpidos é ignorantes como pueda llegar á serlo una criatura humana»; asimismo se entorpecerán sus facultades morales, y serán «incapaces de apreciar ninguna conversación razonable, de experimentar ninguna afección tierna, generosa ó noble, ni, por consecuencia, de formular ningún juicio sano sobre la mayor parte de los deberes, aun los más comunes, de la vida privada».

Esa profecía sólo se ha realizado parcialmente, porque la evolución de la industria moderna, aumentándose continuamente en velocidad, trae consigo cambios bastante rápidos para afectar á la educación de los obreros. Como en todo otro fenómeno histórico, las consecuencias de esta evolución se hacen sentir doblemente en progreso y en retroceso. Hubo progreso en la introducción cada vez más general y completa del maquinismo, no solamente por efecto del aumento enorme de las riquezas, sino también á causa de la participación cada vez mayor de obreros en la ciencia de la mecánica y en todos los conocimientos que á ella se refieren: electricidad, química, trabajo de los metales; los trabajadores instruídos son ya legión y las escuelas industriales se multiplican para ellos¹. Se comienza á comprender que cada trabajador serio debería poseer á fondo la ciencia — ó las ciencias — de que su tarea diaria es una manifestación. El antiguo término de «excluído de su clase», pierde su significación, ó al menos, al lado del alumno del liceo, hijo de burgués, que *desciende* al rango de obrero, se coloca el obrero, hijo de obrero, que se educa para ser mejor obrero. Poco á poco se impone la síntesis de los trabajos intelectuales y manuales, la ciencia se hace activa, y se acerca el período en que el cartógrafo será un perfecto geógrafo, en que el químico desempeñará las funciones de pocero; en que el herrero estará al corriente de los progresos de la metalurgia.

Pero aún no hemos llegado á esto más que para una ínfima minoría: mientras que los conductores de la máquina aprenden y se

¹ Louis de Brouckère, *Conférence au groupe des Etudiants collectivistes de Paris*, 30 de Mayo de 1899.

elevan al primer rango entre los que piensan, otros obreros, reducidos á la triste condición de ruedas vivientes de la maquinaria, fogoneros, anudadores de hilos, costureras y cardadoras, condenados á repetir el mismo movimiento millones y mil millones de veces,



MUJER CLAVERA EN MUSGROVE, CONDADO DE WORCESTER

En el distrito de Musgrove muchas mujeres se dedican á ese oficio. La tarifa de fabricación es de 68 céntimos por 1,150 clavos. Dos trabajadores que emplean la misma fragua quince horas diarias llegan á ganar 15 francos semanales, de los cuales han de deducir 1'90 de carbón y 4'40 de alquiler de casa con taller; quedan 8'70 para comer, vestir, etc. Según Florence Thorne Ring, en *Sweated Industries*, p. 52.

llegan á no tener más que la apariencia de la vida; la raza se halla atacada en su principio, puesto que las mujeres, los hijos, todos aquellos á quienes la debilidad física obliga á contentarse con salarios insuficientes, están destinados á esas tareas de estupidez y de depauperación. ¡Cuántas ciudades y comarcas hay cuya población ha perdido en belleza, en fuerza y en inteligencia, en alegría y en

moralidad! Respirando durante las bellas horas del día, y á veces, en las tandas de noche, durante las horas debidas al sueño, un aire impuro y hasta envenenado, absorbiendo un alimento con frecuencia insuficiente, casi siempre mal preparado, millones de criaturas dispersas en nuestros países civilizados no tienen más que una vaga semejanza con una muestra de la raza humana. ¡Cuántas familias se marchitan, se empequeñecen y se afean roídas, abrasadas por la miseria, el exceso de trabajo y el aguardiente, por una existencia contra natura¹!

Es cierto que en nuestros días el obrero, aunque reputado libre, trabaja «muy tristemente» en comparación de los artesanos de la antigüedad, que realizaban la tarea correspondiente: al menos éstos tenían el ritmo, si no la música, para sostenerles, animarles, hacerles perder conciencia de su penosísima labor². El tocador de flauta ó de tímpano aligeraba la tarea hasta del esclavo, mientras que en nuestros días el silencio absoluto ha venido á ser la ley del obrero de fábrica ó de filatura: en muchos talleres el capataz ni siquiera tolera que el trabajador canturree ó silbe entre dientes. Únicamente la omnipotencia del hábito ha querido que se tolere la extraña cantinela á los marineros que viran el cabrestante, y en las tahonas donde se amasa todavía á la mano, los gemidos de los amasadores.

Á fin de refrenar y de dominar más fácilmente el personal obrero, y al mismo tiempo escatimar el salario, no se ha cesado, desde los orígenes de la gran industria, de reducir en las manufacturas el número de los hombres y de reemplazarles por mujeres y niños: desde que la rutina del trabajo lo ha hecho fácil y se limita á seguir por movimientos, que han llegado á ser reflejos, el vaivén de la máquina, la mujer y el niño se han convertido en las ruedas humanas del vasto mecanismo. Sábese cuáles son sus fatales consecuencias en las comarcas industriales: la mujer pierde sucesivamente sus hijos, siente perecer en sí las fuentes de la vida y muere sufriendo mucho antes del tiempo normal.

Los mismos progresos en lo que tienen de más grandioso y de más sorprendente, los grandes descubrimientos, por ejemplo, la apli-

¹ Arsène Dumont, *Etude sur Lillebonne*.

² Karl Bücher, *Arbeit und Rythmus*.

cación de fuerzas nuevas, el empleo de las máquinas y de los procedimientos ingeniosos que substituyen al trabajo humano, son frecuentemente para los obreros causa de infortunio y de miseria. Es indudable que esos descubrimientos deben tener por consecuencia lograr el alivio del hombre en sus penosas tareas; entre tanto, ensanchan el dominio de la industria y hacen nacer todo un mundo de invenciones que permiten especializar y diferenciar el trabajo en mil ramas imprevistas. La variedad de los oficios se aumenta en tales proporciones que las estadísticas enumeran actualmente en las grandes ciudades miles de profesiones diversas donde un siglo antes se contaban á lo sumo uno ó dos centenares. Pero la transición se hace sin tener en cuenta los intereses de todos: si el inventor fuera un asociado, su descubrimiento aprovecharía á todo el grupo social; pero se halla en presencia de dos cuerpos enemigos, patronos y obreros, y su propio interés inmediato le lleva á dirigirse al patrón, puesto que éste le pagará, mientras que los trabajadores, pensando en el pan de sus hijos, se apresurarán á romper la máquina. Tal procedimiento, tal engranaje nuevo introducido en una fábrica equivale á una arma cargada que hace el vacío en la multitud demasiado espesa de los trabajadores.

Así se comprende fácilmente el odio que se apodera de los obreros contra todas las invasiones «diabólicas», «mortíferas», obras gloriosas, no obstante, del genio del hombre. Muchas rebeldías se han producido, desde luego con toda legitimidad, por la introducción en el organismo industrial de descubrimientos que marcan grandes etapas de la humanidad. El primer «camino rodado» de Bélgica, construido en 1829, desde las minas del Gran Horno hasta el canal de Mons, fué completamente destruido al año siguiente por los mineros, carreteros y peones de la comarca¹. Otras rebeldías del hambre, determinadas por el progreso industrial, tuvieron lugar en todos los países del mundo, especialmente en Inglaterra, en los Estados Unidos, en Alemania, y, más poderosa que la rebeldía, la resistencia lenta, silenciosa, tenaz, metódica, de muchos cuerpos de oficio pudo impedir durante largo tiempo la adopción en las fábricas de pro-

¹ Edmond Peny, *Revue des Traditions populaires*, 1895, p. 555.

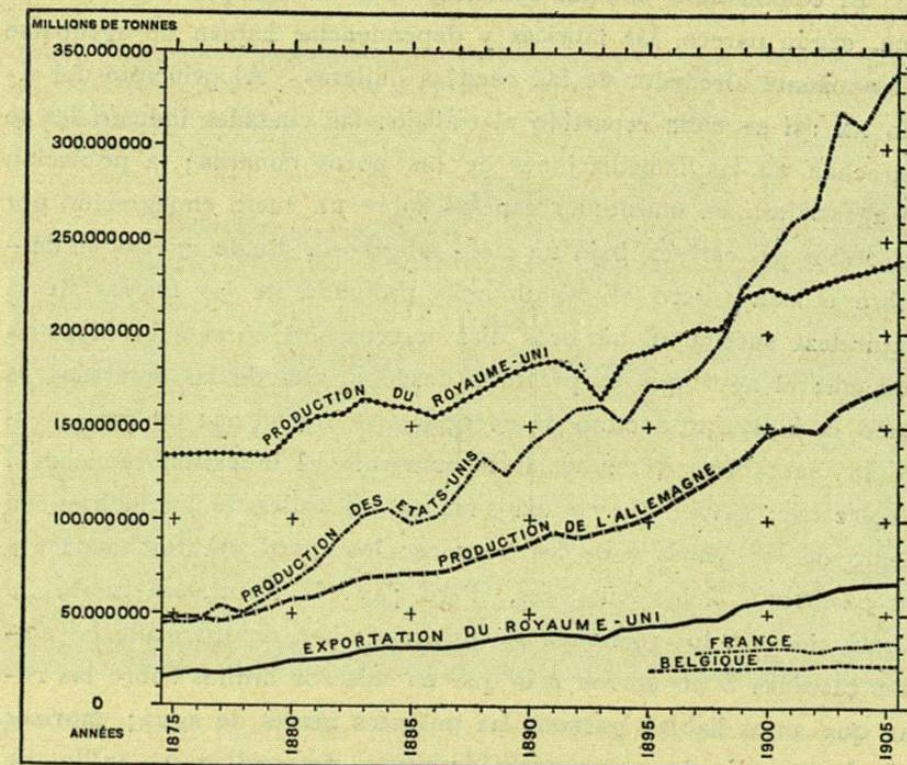
cedimientos excelentes que reducían el número de los individuos necesarios al trabajo. Los tipógrafos, á quienes la confección y el manejo del libro, han colocado entre los más inteligentes de los obreros, han sabido defenderse á pie firme durante medio siglo contra los teclados y otros instrumentos imaginados para reemplazar mecánicamente el trabajo del hombre; finalmente, la máquina ha vencido, y los trabajadores se han convencido de que no podía hacerles concurrencia respecto de toda obra que exija cuidado é inteligencia.

Otras revoluciones industriales se han producido por las fantasías de la moda, por los cambios de hábitos y costumbres, y, de una manera general, por las modificaciones del medio económico. Esas transformaciones son tan bruscas á veces, que es imposible, aun á los fabricantes ricos, acomodar á ellas sus establecimientos por la compra de un nuevo instrumental, lo que representa la quiebra para el patrón y el desastre absoluto para los obreros. Cuando los químicos hallaron el medio de extraer de la hulla todos los colores y matices que derivan de la anilina, se inutilizó el uso de la rubia y de rechazo sobrevino una misma ruina para los agricultores que cultivaban la planta y sobre los industriales que la empleaban para la fabricación. Asimismo los plantadores y los artesanos especiales tuvieron su sufrimiento cuando la industria aprendió á prescindir del añil. Apenas hay especialidad en el trabajo humano que no se resienta de esos giros repentinos, y como los países más lejanos se hallan unidos en las mismas empresas, los unos por la producción de la materia primera, los otros por el tratamiento industrial de tal producto, cada orden transmitida por el gusto ó por las necesidades cambiantes del público repercute de mundo en mundo, de un lado por la República Argentina, del otro hasta el Imperio del Sol Levante, y, según el estado de los mercados y la naturaleza de las producciones locales, hace surgir ó hundirse las fortunas, doblar ó reducir los salarios.

Hasta una época reciente, la gran industria estaba localizada en algunos países privilegiados. Nacida principalmente en Inglaterra, aunque se puedan reconocer los elementos de formación en otras comarcas de la Europa occidental, se desarrolló en un principio en la vecindad inmediata de un gran puerto, que podía suministrarle

muy barata la primera materia, por ejemplo, el algodón de los Estados Unidos ó el mineral de Suecia ó de España, y próxima también á un yacimiento de hulla, donde obtenía el combustible á bajo precio y en cantidad siempre suficiente. Pero el capital, en acecho de nuevas fuentes de enriquecimiento, hizo descubrir sitios tan favo-

N.º 573. Producción de la hulla en algunos países.



En los Estados Unidos la hulla grasa se cuenta en toneladas de 2,000 libras inglesas, la antracita en toneladas de 2,240 libras; se comete fácilmente error al traducir en toneladas métricas.

rablemente situados en otras comarcas de la tierra. Á las filaturas de Manchester, en Inglaterra, respondieron al otro lado del Océano las de New-Manchester en la Nueva Inglaterra; después, en Francia, las de Ruan; en Alemania, las filaturas de Silesia; y de etapa en etapa, á través del mundo, las de la India, de la China y del Japón. Por todas partes se establecieron vías férreas entre las minas de carbón, los puertos y las grandes ciudades para fundar las fábricas en los lugares más cómodos de acceso para el trabajo y